

Esta vez conoceréis que son positivas. BUENO ES TEMER EL MATAR A ISABEL... Partamos, caballeros, continuó Eduardo; es menester que estemos en Londres antes que amanezca. Cuento con vosotros para proclamar la inocencia de mi madre.

Al decir estas palabras, salió seguido de Juan de Hainaut y Roberto de Artois, dejando á la reina que empezaba ya á volver en sí, encontrándose á solas con su antiguo secretario.

Nuestros lectores se admirarán quizá de este rasgo de clemencia del rey Eduardo III, mucho mas raro sobre todo en un momento en el que habia adquirido la prueba del crimen, del cual su padre habia sido víctima; pero la política era mas poderosa que la convicción, y habia comprendido que en la hora en que iba á reclamar el trono de Francia por derechos de su madre, debia ser Isabel tratada como reina y no como prisionera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

▼

LOS EMBAJADORES

Al dia siguiente á la noche en que sucedieron estos acontecimientos que ya habemos referido, salieron tres embajadores de Londres; el primero se dirigió hácia Valenciennes, el segundo á Lieja, y el tercero á Gante. La primera embajada tenia por jefes á Pedro Guillermo de Montaignu conde de Salisbury, y á Juan de Hainaut, señor de Beaumont, é iba dirigida á Guillermo de Hainaut, suegro de Eduardo III.

La segunda se componia de los señores Enrique-obispo de Lincoln, y de Guillermo de Clinton, conde de Huntington; esta embajada iba dirigida á Adolfo de Lamark, obispo de Lieja. A estas dos embajadas seguian multitud de caballeros, de pajes y de criados, iban dignas en fin del poder y esplendor del rey que iban encargadas de representar, pues constaba cada una de mas de cincuenta personas.

29997

Pero la tercera estaba bien lejos de corresponder á la rica é importante apariencia de las dos primeras; pues como si las otras hubiesen sido formadas á sus expensas, iba reducida á dos mayordomos y un criado, y aun estos dos mayordomos parecian por la sencillez de sus vestidos pertenecer á la clase media de la sociedad. Verdad es que esta embajada iba simplemente dirigida á Santiago de Artevelle, al cual el rey de Inglaterra temiera humillar si es que le mandara una mas numerosa y brillante cabalgata; no obstante, por humilde que sea esta última, nos permitirán nuestros lectores que sea la que sigamos; y con el objeto de hacer conocimiento con ella, empecemos por echar una mirada sobre los dos hombres de que se compone y que en este momento atravesaban las calles de Londres.

El uno de los dos, que era el mas alto, llevaba una especie de ropaje largo de color mahon, y cuyo capuchon ocultaba enteramente su rostro; este ropaje, guarnecido de pieles, tenia en sus largas mangas una abertura, que de cada lado dejaba pasar el brazo; y era pues fácil de ver que cubria una chupa de paño verde, parecido al que se fabrica en el país de Gales, y que es demasiado grueso para ser llevado por los grandes señores, siendo no obstante demasiado fino para que lo vistan diariamente las gentes del pueblo. Las botas de cuero con sus anchas puntas, pero sin exageracion en cuanto á largura, desaparecian bajo aquel ropaje y apoyábanse simplemente sobre los estribos de hierro. En cuanto al caballo castaño que servia de montura al embajador, parecia á primera vista pertenecer á la clase media, como su dueño; no obstante, despues de un mo-

mento de inspeccion, un hábil conocedor hubiera fácilmente distinguido en su cabeza erguida, en sus anchas ancas y en sus finas piernas, en las que cruzaban mil y multiplicadas venas, que aquel caballo pertenecia á esa pura raza normanda, tan apreciada en aquellos tiempos, porque reunia á la ligereza el valor: tambien era evidente que el noble animal no obedecia á su dueño; que lo forzaba á marchar al paso, sino porque conociera que el que lo montaba era un picador ejercitado, y prueba todavia mas de que aquel modo de andar no era el suyo, que al cuarto de hora de camino le corria el sudor á arroyos y lanzaba al aire copos de espuma, cada vez que con impaciencia levantaba su erguida cabeza.

En cuanto al segundo personage, no se parecia en nada al compañero que acabamos de bosquejar; era un hombre pequeño, blanco y delgado; sus ojos de los cuales difícilmente se podia conocer su color, tenian una expresion de esa fina adulacion que se encuentra tan á menudo entre los hombres del pueblo, que por un accidente de política han llegado á ocupar un primer puesto en el Estado, pero que no por eso pueden nunca poseer esa finura aristocrática que ellos desprecian porque se proponen imitarla y no lo consiguen. Sus cabellos rubios no estaban peinados ni como los de los señores, ni como los de las gentes comunes; en cuanto á su barba, parecia la tenia hacia largo tiempo bien poblada, de modo que no se podia decir si su intencion era de llevarla larga, ó si era mas bien juego de lo raro de su apariencia. Su ropaje se componia de una opalanda de paño gris, y sin cinturón con su gran capuchon; su cabeza iba cubierta con una gorra de lana del mismo color, con

una especie de ornamento verde al rededor, y sus piés, iban calzados de botines de punta redonda y trenzados hasta la caña del pié, como nuestros borreguies. En cuanto á su montura, que parecia haber sido escogida particularmente á causa de su dulzura, era un jumento, lo que indicaba á primera vista que el caballero no era noble, pues no se creia que un gentilhombre se hubiera bajado hasta el punto de montar una semejante bestia.

Cuando pasaron las puertas de la ciudad á unos cien pasos poco mas, el mas alto de los dos caballeros, no apercibiendo á lo lejos mas que dos viajeros y algunos paisanos, se bajó el capuchon con que habia llevado cubierta enteramente la cabeza, mientras habia estado en las calles de Londres. Se pudo ver entonces que era un gallardo jóven como de unos veinte y cinco á veinte y seis años; de cabellos negros y ojos azules, y barba roja; iba cubierta su cabeza de una pequeña toca de tul negro, á la cual su encaje voleado daba la forma de un casquete. Aunque parecia tener la edad que nosotros hemos indicado, se advertia que tan solo habia perdido el primer color de la juventud, y su frente pálida estaba surcada por una arruga profunda que indicaba que mas de un pensamiento grave habian hecho inclinar su cabeza; no obstante se asemejaba á un prisionero que acaba de recobrar su libertad; parecia tener saudida toda zozobra y olvidados en un momento todos sus serios asuntos, pues fué con un aire de franqueza y buen humor marcado como se aproximó á su compañero, arreglando al mismo tiempo el paso de su caballo para que marchase al lado del jumento del otro. Sin embargo, se pasaron algunos minutos

sin que ninguno de los dos desplecase sus labios.

— ¡Por san Jorge! compañero, dijo el jóven de la toca negra rompiendo el silencio; cuando se va por un largo camino como vamos nosotros, y el cual debemos atravesar juntos, creo muy buen pensamiento que se haga conocimiento lo mas pronto posible; esto es mucho mejor para pasar la noche y para ganar amistades; por otra parte, presumo que no venis muy contento con el resultado de vuestra embajada de Gante á Londres, y un buen compañero como yo, debe ponerlos al corriente de las costumbres de la capital. Si hubiéseis nombrado los señores mas influyentes de la corte y os hubiéseis antes aprovechado de las cualidades del soberano hacia el cual habeis sido enviado, hubiéseis obtenido un éxito feliz. Así pues, desearia yo saber lo mismo con respecto á Gante, ya que mi buena fortuna me ha dado vuestra compañía en el viaje, y empezaremos porque me digais vuestro nombre y vuestro estado, pues me presumo que el vuestro no es el de embajador.

— ¿Me permitis que os haga la misma pregunta respondió con aire receloso el hombre de la gorra gris bordada de verde.

— Sin duda : la confidencia debe ser reciproca.

— ¡Y bien! mi nombre es Gerardo Denis; soy oficial de tejedores de Gante, y aunque soy grave en mi estado, estoy obligado de cuando en cuando á dejar descansar el hilo de la lanzadera, para estrechar mi mano con la de Santiago de Artevelle, en el manejo de los asuntos públicos; que se tratan mas en Flandes que en los demás países, para ser administrados por los oficiales de corporacion, los cuales,

siendo del pueblo, saben al menos lo que les falta. Ahora os toca hablar, pues os he dicho, segun creo, lo que queriais saber.

— Yo, respondió el caballero, me llamo Walter; mi familia, aunque rica y de grande nombradía, tuvo infinidad de pleitos, en la pérdida de los cuales se gastó la mayor parte de nuestra herencia. Vine al mundo al mismo tiempo que el rey Eduardo III y me he criado con la misma leche que él, lo que ha hecho que me profese una gran amistad. En cuanto al sitio que ocupó en la corte, no sé calificarlo: acompañó al rey á todas partes, á las cacerías, en el ejército, en el consejo; en fin, cuando quiere juzgar alguna cosa como si la viese por sus propios ojos, me encarga segun tiene costumbre vaya yo á verla á su trono. Y ahí veréis porqué me envia á Santiago de Artevelle, al cual tiene por amigo y lo considera particularmente como aliado.

— No me pertenece criticar la eleccion que haya hecho un príncipe tan poderoso y sabio como lo es el rey de Inglaterra, respondió Gerardo Denis inclinándose; pero me parece que ha escogido un mensajero bastante jóven, cuando á esto debe venir un buen maulon para que no tenga que valerse de perros nuevos y sí de perros viejos ya ejercitados en no pocas cacerías.

— Lo que decís es bueno cuando el objeto es de engañarse el uno al otro, y tambien cuando se trata de política y no de comercio, respondió sencillamente el que se daba el nombre de Walter; pero cuando se va á tratar francamente de un cambio de mercancías, basta que sea entre gentileshombres, sean jóvenes ó viejos.

— ¿Entre gentileshombres? repitió Gerardo Denis.

— Sí: ¿Santiago de Artevelle no es de familia noble? respondió con negligencia Walter.

Gerardo soltó una carcajada.

— Sí, sí, de familia tan noble, que el conde de Valois, padre del rey de Francia, queriendo hacer un viaje en su juventud á fin de que nada faltase á su brillante educacion, se dirigió á Rodas llevándose consigo, y á su vuelta el rey Luis VIII lo halló tan bien adelantado en su oficio de pastelero, que le dió en su corte el empleo de primer cocinero, y por mi alma, que lo hizo director de dulzuras. De suerte que, gracias á la alta funcion que él ocupaba, logró hacer un famoso matrimonio, pues casó con una cervecera de miel y...

— Entónces repitió Walter, habrá hecho un gran mérito personal para adquirir el poderío que goza en Flandes.

— Sí, sí, dijo Gerardo con su eterna sonrisa que solamente cambiaba de expresion segun las circunstancias; sí, tiene voz bastante fuerte y puede exclamar en alto y largo tiempo contra la nobleza; este es un gran mérito como vos decís á cerca de las gentes que han cazado á los nobles y han proscrito la hidalguía.

— ¿Es realmente tan rico como dicen?

— No es difícil enumerar los tesoros cuando, como si fuera un príncipe de Oriente, pasan sus rentas, sus tributos y todos sus caudales, sin dar otras cuentas que las que tiene á bien, y cuando es de tal modo codicioso, que no es mas que un avaro que se atreve á rehusar prestaros sea cual sea la suma que

se le pida, y por muy ágil y sabio que sea el que se la demande, no recibirá jamás suyo ni un esterlin.

— ¿Decís que Santiago es codicioso? yo lo creía galante.

— Y si no fuera así, ¿tuviera él constantemente á su alrededor sesenta ú ochenta guardias que le custodian como á un emperador romano, y que no dejen aproximar á su persona ni hierro, ni acero? Verdad es que dicen generalmente que mas le sirven para defenderlo que para custodiarlo; y, para entre ellos, dos ó tres que saben de tal modo sus mas profundos secretos, que cuando encuentran un enemigo de Santiago, no tiene este mas que hacer una señal y entonces su enemigo desaparece, por muy poderoso y grande que sea. ¿Quereis que os diga quiénes son estos? continuó Gerardo Denis dando una palmada en el hombro de Walter que parecía escucharlo apenas.

Despues de un momento de silencio continuó el embajador hilandero,

— Esto no durará mucho tiempo; hay hombres en Gante que valen mas que Santiago y que efectuarían tan bien ó mejor que él, los tratados de política y de comercio que hace con Eduardo de Inglaterra, y que serían aun de mas conveniencia para un tan grave rey... Pero, diablo, volved en vos; ¿qué pensais?

— Os escucho, caballero Gerardo; no pierdo ni siquiera una palabra de lo que decís, respondió Walter con distraccion.

Sea que pensó que una atencion demasiado sostenida daría que sospechar á su interlocutor, sea que hubiese oido lo que deseaba saber, ó sea en fin que

estuviese realmente preocupado por un objeto que habia llamado sus miradas.

— Os estoy escuchando, prosiguió Walter, sino que miro aquella magnífica garza real que acaba de levantar su vuelo, y que ha salido de aquel cañaveral, y estoy pensando que si tuviera aquí uno de mis halcones, se lo echaria para daros el gusto de que vierais cazar al vuelo. ¡Eh! pero por mi honor, que lo tendremos aunque no sea esta: y veis allá abajo, allá abajo, mirad un halcon que se lanza en persecucion de nuestra amiga con su largo pico. ¡Os! ¡os! exclamó Walter como si el noble pájaro pudiese oírle. ¡Eh! ved, maese Gerardo, ved; la garza ya ha apercibido á su enemigo. ¡Ah! ¡voto al diablo! exclamó el jóven caballero, ¡tú llevas muy buena huida ahora; si tu adversario es de buena raza, eres perdida!

En efecto, la garza que vió el peligro que le amenazaba, dió un pio, el que apenas se oyó á cosa de su distancia, y empezó á remontarse tan rápidamente, que parecía iba á esconderse entre las nubes. El halcon, que desde donde estaba apercibió la intencion de la garza, empleó para atacarla los medios de que se habia valido su presa para defenderse, y mientras que esta se elevaba vérticalmente, trazó él una línea diagonal que se extendia hasta el punto donde debian encontrarse los dos.

— ¡Bravo! ¡bravo! exclamó Walter, que se habia tomado en este espectáculo todo el interés que tenia de costumbre inspirar á los gentileshombres: bien atacada, bien defendida. ¡Os! ¡os! Roberto, ¿reconoces tú ese halcon?

— No, monseñor, no, respondió el escudero tan

embebido como su amo en el combate que iba á empezar; pero sin saber á quién pertenece, yo respondería por su vuelo que es de buena raza.

— Y tú no te equivocarías, Roberto.

— ¡Por mi alma! tiene un golpe de alas de gerifalte, y dentro de un instante vais á verlos juntos. ¡Ah! malas trazas te has dado, mi noble pájaro, y la peor ha sido de valerte de las alas y no del pie.

En efecto, la garza habia tambien calculado sus fuerzas, que en el momento que el halcon la esperaba habia casi desaparecido. El pájaro cazador continuó pues su ruta, pasando algunos piés á distancia de ella, pero sin atacarla. La garza se aprovechó al instante de esta ventaja, y cambió de direccion su vuelo, y ensayó de ganar el espacio para escapar por la distancia en lugar de harcerlo por la altura.

— ¡Y bien! exclamó Roberto confundido, ¿habíamos juzgado mal á nuestro halcon, buen señor? Vedlo ahí, por mi alma, tan cobarde como la garza.

— ¡Eh! no, exclamó Walter, que hallaba herido su amor propio por el halcon; ¿no ves cómo toma el aire? ¡Eh! mira, mira: hélo aquí que viene á nosotros. ¡Os! ¡os!...

Walter no se engañaba: con la rapidez de sus alas, el halcon habia dejado tomar la distancia á su enemiga para ponerse á su altura, y entonces acometerla describiendo siempre una línea ascendente. La garza echó de nuevo un vuelo de destreza y renovó su manejo, ensayando remontarse perpendicularmente, como habia hecho la primera vez. A poco de un instante de esta lucha, los dos pájaros estuvieron prontos á desaparecer entre las nubes; la garza

parecia una golondrina, y el halcon no mas que un punto negro

— ¡Que lo tiene encima! ¡que lo tiene encima! exclamó Walter; pues por mi honor que están tan altos que apenas los distingo.

— Ni yo tampoco, monseñor.

— Bien; ved ahí á la garza que nos responde, dijo el jóven caballero refregándose las manos de gozo; pues si no se les apercibe aun, se les oye todavia. Mirad, maese Gerardo, mirad bien; pues vais á verlos descender mas pronto que se han remontado.

Apenas Walter acabó de pronunciar estas palabras, cuando los dos pájaros empezaron á aparecer. Pronto fué fácil de conocer que el halcon venia encima de la garza; y esta, atacada de grandes y repetidos picotazos, no respondia al halcon mas que por pios; en fin, decayendo sus alas, se dejó caer como una piedra á quinientos pasos cerca de nuestros viajeros, siempre perseguida por su adversario, que descendió casi al mismo tiempo que ella. Al instante Walter echó su caballo á galope en direccion hácia donde los habia visto caer, y abriendo camino por aquellos escarpados y agrestes sitios, logró llegar prontamente al lugar donde el halcon vencedor ronza ya los sesos de la vencida.

lejos, creyendo que lo oirian, el halcon de madama Alicia ni se compra ni se vende; tened pues la bondad de devolverlo por este anillo, que ella os envia, ó juro por mi alma, os he de dar una leccion!

— Mi noble paje, dijo friamente Walter, dirás á tu señora que habiendo partido de viaje y habiendo olvidado mi halcon, que es el compañero inseparable de todo noble caballero, me llevo el suyo y le dejo ese anillo en agradecimiento. Ahora si la bella Alicia no cree el gaje suficiente, vé tú mismo á mi halconeria y toma para ofrecerle los dos mejores gerifaltes que hallarás en la percha.

Entonces fué mas grande la admiracion de Gerardo Denis que habia oido las amenazas del jóven caballero, al ver al paje palidecer y temblar á las primeras palabras que le dirigió Walter, y cuando hubo acabado de hablar este mensajero tan terrible, inclinarse respetuosamente y sin vacilar en obedecer retirarse, y ni aun atreverse á responder.

— Vamos, dijo Walter fingiendo no conocer la admiracion de sus camaradas, en marcha, maese Gerardo; hemos atrasado un poco el camino, si bien es verdad que hemos presenciado una bella cacería, y que he adquirido un noble pájaro.

Al decir estas palabras, aproximó sus labios al halcon, lo besó varias veces y volvió á ponerse en camino.

— No hay que dudarle, murmuró el jóven doncel volviendo su caballo hácia donde le esperaba la bella Alicia y mirando tristemente la magnífica caza, de la cual iba encargado de llevársela: no hay que dudarle, ¡ él la ama!

En cuanto á Walter, tal era la preocupacion en

VI

ó MERCADER, ó GUERRERO

Al primer golpe de vista, el jóven caballero reconoció que el halcon pertenecía á la bella Alicia de Graffton. Entonces, como ninguno de los funcionarios parecia, ni tampoco ninguno de los cazadores habia llegado; se bajó del caballo, pasó por el pico de la garza un anillo de esmeraldas de muy gran precio, y llamando por su nombre al halcon que vino á ponerse sobre su puño, volvió á montarse en su caballo, reuniéndose á sus compañeros, y se pusieron en camino aumentando la embajada con un nuevo compañero. Apenas hubieron andado un cuarto de legua, cuando oyó gritar tras de sí, y volviéndose, apercibió un jóven que corria á él á todo escape; en él reconoció á Guillermo de Montaigu, sobrino del conde de Salisbury, y se detuvo para esperarle.

— ¡ Señor caballero, gritó el jóven doncel á lo

que lo habia puesto esta aventura, que llegó al sitio donde debia pasar la noche, sin haber dirigido una palabra á muese Gerardo Denis.

A la mañana siguiente, los dos viajeros se levantaron al amanecer; parecian estar acostumbrados á estas marchas matinales, el uno como soldado y el otro como de mediana condicion: los preparativos de partida fueron hechos con una celeridad propia de militares, y apenas el sol asomó sus brillantes rayos en el horizonte, ya nuestros caballeros estaban puestos en marcha.

A un cuarto de legua del lugar donde habian pasado la noche, el camino que seguian se separaba en dos veredas, la una conducia á Harwich y la otra á Yarmouth: Walter habia ya dirigido su caballo hácia la última, cuando su compañero, parando el suyo, le dijo:

— Con vuestro permiso, caballero, si lo permitis tomaremos la vereda que conduce á Harwich, pues tengo asuntos indispensables que arreglar en esta ciudad.

— Habia creído, dijo el joven caballero, que hubieramos hallado en Yarmouth los medios de transporte mas fáciles.

— Pero menos seguros, repitió Gerardo.

— Es posible; no obstante, como la línea era mas recta por este lado, me presumí que la prefeririais lo mismo que yo.

— La línea mas directa, señor, es la que conduce mas pronto á donde se quiere ir, y si tenemos ganas de llegar sanos y salvos á Gante, es menester dirigirse á Newport y no á Ecluse.

— ¿Y porqué?

— Porque hay enfrente de esta última ciudad cierta isla de Cadsand, que está gobernada por el caballero Guy de Flandes, hermano bastardo del Conde Luis de Gressy, nuestro ex-señor, por el duque de Halleyyn, y por el caballero Juan de Rodas, que son capitanes y soberanos, y que puede ser que pidieran por nuestras dos personas una tan crecida suma, que fuera imposible ser pagada por un oficial de tejedores ni por un simple caballero.

— ¡Bah! respondió Walter riendo y dirigiendo su caballo con destreza hácia el camino que ya su prudente compañero habia tomado, estoy cierto de que Santiago de Arvelle y el rey Eduardo III no dejarían á sus embajadores morir prisioneros por falta de una suma, aunque esta ascendiese á mil escudos de oro.

— No sé lo que el rey Eduardo haria con el caballero Walter, respondió el tejedor, pero de lo que estoy seguro es de que por muy rico que sea Santiago, no daria su dinero para que en semejante caso fuese rescatado su amigo Gerardo Denis, aunque fuera aprisionado por los Sarraenos, que son mas perros descreídos que los caballeros de Flandes. Permítame pues que no me lleve sino por mí mismo y por mi propia seguridad; no hay amistad de rey, de hijo, ni de hermano, que defienda el pecho de un hombre tan bien como el escudo que sostiene su brazo y la ahñada espada que arma su mano: yo no tengo espada ni escudo, verdad es, y si las tuviera, jamás me serviria ni de la una ni de la otra, atendiendo á que mas á menudo manejo el hilo de la lanzadera que la daga y el puñal: pero tengo la prudencia y la astucia que son armas ofensivas y

defensivas, que valen á veces mucho mas que otras, sobre todo cuando se hallan dirigidas por una cabeza incesantemente preocupada de evitar toda mala aventura, al cuerpo que tiene el honor de sopor-tarla.

— Pero, repitió Walter, queriendo evitar la guarnicion de Cadsand, ¿no nos expondremos á encontrar uno de esos piratas aventureros normandos, bretones, genoveses, picardos ó españoles que viven á expensas de los despojos de los pacíficos vasallos del rey Felipe de Francia, y creéis que Hugo Quieret, Nicolás Behuchet ó Barbevaire serian de mejor condicion para respetarnos, que los señores Gui de Flandes ó Hallewyn ó Juan de Rodas?

— ¡ Oh ! estos son mas amigos de las mercancías que de los mercaderes, y en caso de encontrárnoslos, les dejaríamos nuestra carga, y asunto concluido.

— ¿Teneis acaso un barco fletado á vuestras órdenes en el puerto de Harwich?

— No, por desgracia. No tengo mas que una pequeña galera apenas mayor que una chalupa que he fletado por mi cuenta para cuando parta á Flandes, y no puede cargar mas que con trescientos sacos de lana; si yo hubiese creido hallar las mercancías tan fácilmente y á tan buen precio, hubiera tomado una mas grande.

— Yo estaba creido, dijo Walter, en que el rey Eduardo habia embargado toda la lana de Inglaterra, y que estaba prohibida la exportacion del reino bajo penas bastante fuertes.

— ¡ Eh ! esto es lo que hace las especulaciones mas productivas. Y así desde que supe que Santiago queria enviar un embajador al rey, le he pedido la

preferencia; pues he calculado que en mi cualidad de enviado de las buenas ciudades de Flandes, me creerian mas ocupado en política que en comercio, y que tendria por consecuencia lugar de hacer un buen negocio: no me habia equivocado, y si llego á Gante sin la menor novedad, estoy en que mi viaje no habrá sido en balde.

— Pero si el rey Eduardo, en lugar de enviar mensajero para tratar directamente con Santiago de Artevelle, hubiese levantado de pronto, segun la demanda que vos le habeis hecho, la prohibicion puesta sobre la exportacion de las lanas, me parece que vuestra especulacion hubiese sido menos lucrativa, pues que habeis hecho, segun creo, vuestros contratos antes de venir á Londres, y que habiendo tratado por consecuencia de una mercancía prohibida, habeis debido de pagarla mas cara.

— Se ve claramente, mi jóven compañero, respondió Gerardo Denis, que estais mas ocupado en caballería que en comercio, porque sino, no hariais semejante observacion.

— Confieso que vuestra contestacion es justa; pero quisiera saber cómo os hubierais portado en ese caso.

— En ese caso yo hubiera hecho todo lo posible por retardar la publicacion del decreto y asegurar la venta; y como yo hubiese sido á la vez el portador del decreto y de las lanas, habria dejado mi portapliegos cerrado en tanto que mis sacos hubiesen estado abiertos; pero esto no hubiera durado mucho tiempo, continuó Gerardo con un suspiro, pues las tres cuartas partes de nuestras fábricas están cerra-

das no por falta de operarios, á Dios gracias, sino de género.

— ¿Hay pues carestía en Flandes de las lanas inglesas?

— ¡Carestía! esta es la palabra. Escuchad, respondió Gerardo con un aire confidencial, y aproximándose á Walter y bajando la voz, aunque iban solos por el camino real, habria una grande especulacion que tentar, si vos quisiérais.

— ¿Cuál? yo no pido mas que acabar mi educacion comercial, y tanto mas cuando vos me habeis dado el aire de maestro que me es necesario para instruirme pronto.

— ¿Qué pensáis vos hacer en Yarmouth?

— Tomar un barco del rey, como me autorizan mis poderes.

— ¿Esta autorizacion está hecha para un solo punto?

— Está hecha para todos los puntos de Inglaterra.

— ¡Pues bien! tomad en Harwich el barco que pensáis tomar en Yarmouth, no hay necesidad de que tenga la dimension del *Eduardo* y *Cristóbal* que son, segun dicen, los dos navíos mayores que se han construido sobre el dique; pero de una altura regular, con una bodega que pueda contener la fortuna de dos hombres, y cuando lo hubiérais tomado, lo llenaremos de las mejores lanas del país de Gales; y le haremos seguir por nuestra pequeña galera, que es inútil de perder, y llegados allá abajo, partiremos como hermanos. Si no teneis dinero, no importa, yo tengo crédito.

— Vuestra idea es sublime, dijo Walter.

— ¿No es así? exclamó Gerardo con los ojos brillantes de gozo.

— No hay mas que un obstáculo que se oponga, y este es que yo en conciencia no puedo ponerlo en ejecucion.

— ¿Y porqué? preguntó Gerardo.

— Porque yo he sido el primero que aconsejó al rey que no dejase salir ni una sola vedija de lana de las puertas de Inglaterra.

Gerardo hizo un movimiento de sorpresa.

— Deseo que lo que acabo de decir no os inquiete, compañero, continuó Walter sonriéndose á la vez; vos ya teneis comprado trescientos sacos, está bien, vendedlos; pero creed en un hombre que os habla como amigo; no persistais en vuestra especulacion. En cuanto á mí, como ya lo habréis adivinado, me ocupo mas de la guerra que del comercio, y como estos dos estados son incompatibles, deseo quedarme guerrero como antes.

Y despues continuó:

— Roberto, dadme el gerifalte.

Al decir estas palabras, tomó sobre su puño el halcon de la bella Alicia, pasándose al camino opuesto al que se hallaba Gerardo; y dejó al jefe de los tejedores continuar solitariamente su camino, tan aturdido de la manera que habia sido recibida su proposicion, la que él hallaba tan natural y que en el estado que Walter se hallaba hubiese sido tan ventajosa para ambos.

Dejémoslos continuar su camino silenciosos hasta Harwich, y lancemos para inteligencia de los hechos

que van á seguir, y la apreciacion de los muchos personajes que vamos á poner en escena, una rápida ojeada sobre Flandes, mansion privilegiada de los tres reinos del comercio occidental, Ypres, Bruges y Gante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

EXPLICACIONES IMPORTANTES

El interregno que habia seguido á la muerte de Coradino, ejecutada en Nápoles en 1268 por órden de Cárlos de Anjou, hermano de san Luis, causando grandes turbulencias electivas en Alemania, habia dado tiempo á los señores, como ya hemos dicho, de sustraerse de la jurisdiccion del imperio; las ciudades de los alrededores, instruidas ya por el ejemplo que acababan de darles, se valieron de la astucia para escapar del poder feudal.

Maguncia, Estrasburgo, Worms, Spire, Bale y todas las capitales del Rhin hasta la Moselle, hicieron un tratado ofensivo y defensivo, que tenia por objeto sustraerse de las violencias de sus señores, los cuales se revelaban contra el imperio y contra la Francia: lo que excitaba sobre todo á esta defensa era el amor á la propiedad, que les habia inspirado la riqueza que el comercio repartia sobre los establecimientos